# LA PRIMERA CURA

# LA PRIMERA CURA

## COMEDIA

en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

Miguel Ramos Carrión y Vital Aza

Estrenada en el TEATRO LARA el 2 de Diciembre de 1882



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1907

# REPARTOS

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

| | |
| --- | --- |
| SOLITA | Sra. Fernández (D.) |
| MERCEDES | Srta. Lamadrid. |
| PACA | Sra. Pastor (B.) |
| ROBERTO | Sr. Mario. |
| DON RUFINO | Roseli.. |
| EL DOCTOR | Aguirre. |

EN EL TEATRO LARA

| | |
| --- | --- |
| SOLITA | Sra. Valverde. |
| MERCEDES | Srta. Abril. |
| PACA | Sra. Mavillard. |
| ROBERTO | Sr. Rubio. |
| DON RUFINO | Riquelme. |
| ANDRÉS | Ruiz de Arana. |

ÉPOCA ACTUAL

# ADVERTENCIA IMPORTANTE

Cuando, escrita en tres actos, se estrenó esta obra en el Teatro de la Comedia, alcanzando tan lisonjero éxito, que se representó diez y siete noches consecutivas, la prensa unánime, con una benevolencia que nunca agradeceremos bastante, hizo de ella grandes elogios, así como de su interpretación, que fué notabilísima.

Sin embargo, y unánime también en esta opinión, juzgó que el asunto de la comedia era escaso para tres actos, y que, escrita en dos, hubiera producido mucho mayor efecto.

Recordando nosotros este acertado juicio, y comprendiendo que la ejecución de la obra por los artistas que componen la compañía del Teatro Lara podría ser excelente, nos decidimos á seguir el consejo de la prensa, haciendo la reducción de la comedia, que, llevada á la escena, ha obtenido, con una interpretación muy notable, un éxito superior á nuestras esperanzas.

La comedia es la misma, pero despojada de aquellas escenas que entorpecían la acción, produce efecto más vivo, y agradeceremos por esto á los directores de los teatros de provincias que la prefieran á la obra en tres actos.

Conservamos el *reparto* primitivo como una muestra de consideración y agradecimiento á los artistas que la estrenaron tan á satisfacción nuestra y del público, y no excluimos el segundo por la misma clase de consideraciones.

Debemos consignar también que el Sr. Ruiz de Arana; con una modestia que le honra, no ha tenido el menor inconveniente en aceptar el papel de Doctor, que no es de galán joven.

Madrid, Diciembre de 1882.

LOS AUTORES.

*Madrid 19 de Noviembre de 1880.*

Sr. D. Nicolás Noriega.

**GIJÓN.—(Quinta de La Granja.)**

*Querido amigo nuestro: Ha llegado el momento de demostrarle que no le olvidamos.*

*Cuando tres meses hace escribíamos en Gijón esta comedia, más de una vez interrumpió usted nuestro trabajo para llevarnos á las pintorescas orillas del Piles, donde éramos el terror de los peces y el asombro del cachazudo* Mariñán.

Si *nuestra obra hubiera disgustado al público, ante nuestra conciencia, usted, y solo usted sería el responsable de la derrota: que el autor silbado siempre encuentra alguien á quien echarle la culpa.*

*Felizmente el público ha recibido con aplauso la comedia. Justo es que, en compensación de la responsabilidad que á usted amenazaba, estampemos su nombre en la primera página como una muestra de nuestro cariño y en recuerdo de aquellas agradables excursiones.*

*No crea usted, sin embargo, que nos apropiamos lo que no nos pertenece. Gran parte del éxito se debe á los artistas que han interpretado esta obra, y muy especialmente al Sr. Mario, que, dando una prueba más de su privilegiado talento, obtuvo una merecidísima ovación.*

*Admita usted, amigo Noriega, la cariñosa dedicatoria de este juguete, y disponga siempre del afecto de sus verdaderos amigos*

*Miguel y Vital.*

# ACTO PRIMERO

Gabinete elegante con dos puertas á cada lado. La segunda, derecha del actor, figura balcón; la primera, izquierda, que tiene mampara con un tarjetón por de fuera que dice en letras gordas CONSULTA, se supone que da al recibimiento; y las otras dos á las habitaciones más interiores. Al foro dos librerías, y entre ellas, sobre un «bureau», un armarito con cristales, dentro del cual hay frascos, botes, estuches, vendas, etc. Un busto de Hipócrates y otro de Galeno, ó cualquier otro detalle que caracterice la habitación de un médico. Mesa de despacho con libros, escribanía, etc. Sillas, butacas y un veladorcito.

## ESCENA PRIMERA

MERCEDES y PACA sosteniendo una madeja que devana aquella

MER. Espera, que se ha hecho un nudo.
Separa un poco las manos...
Así. ¡Qué estambre tan flojo!
Va á decir papá que es malo.

PACA Pues es de la misma clase
que el azul y el encarnado.

MER. Ya van ciento dos madejas.

PACA Y aun nos queda para rato,
porque el señor, por lo visto,
no concluye ni en diez años.

MER. ¡Pobre papá! Yo le dejo,
porque se entretiene tanto...
Haciendo fuentes y arbustos,

estanques, flores y prados,
se pasa las horas muertas
tan contento y tan ufano.
Luego mi marido dice
que le conviene el trabajo,
porque como para hacerlo
da esos paseos tan largos...

PACA. Sí; pero si viera usted
lo sucio que está su cuarto...
lleno de recortaduras
de papeles y de trapos...
Y luego, como no hay modo
de que me deje arreglarlo...
No quiere que entre yo allí
por Dios y todos los santos,
pero en cambio me marea;
siempre está pidiendo algo.
«Paca, vé á la tienda y compra
un metro de cartón blanco.»
«Paca, dame unas tijeras.»
«Paca, búscame unos clavos.»
«Paca, dame engrudo.» «Paca,
quítale á una escoba el mango
y tráelo, que necesito
cañas para hacer un árbol.»

MER. ¡Pobre papá! ¡Qué manía! (Pausa.)
¿Qué hora es ya?

PACA. Las doce han dado.

MER. ¡Y mi marido no viene!

PACA. ¡Ay! Si no tiene descanso:
como que no hay en Madrid
médico más ocupado.

MER. Felizmente no le falta
clientela. Le están llamando
sin cesar, y yo egoísta
siento que le aprecien tanto,
pues los enfermos me roban
horas de dicha á su lado.

PACA. Los médicos no debían
casarse.

MER. ¿Por qué?

PACA. Pues, claro.
Mire usted: yo me dejé
un novio veterinario,

joven, y elegante y rico,
que ganaba buenos cuartos,
—pues curaba á casi todos
los animales del barrio,—
porque un día que me dijo
que iría á verme temprano,
no fué hasta el día siguiente
por visitar á un caballo.

MER. ¡Hola, papá!

(A don Rufino, que aparece por la puerta de la derecha recortando de un pedazo de cartón varias estatuas de veinte centímetros de altas.)

## ESCENA II

DICHAS y DON RUFINO

D. RUF. ¿Tienes ya
el estambre devanado?
¿A ver? Ese no me gusta;
lo necesito más claro.

MER. ¿Pues no es para los cipreses?

(Vase Paca primera izquierda.)

D. RUF. No, señor; para los álamos.
Lo destino á la alameda
del paseo de caballos.

MER. ¡Jesús! ¡Dichoso Retiro!
Le tiene á usted trastornado.

D. RUF. Es que todo lo merece,
hija mía, este trabajo.
¡Y que resulta exactísimo!
Siguiendo así, antes de un año
tengo mi obra terminada.
Mira que haber hecho el plano
en relieve, y con colores,
sujeto á escala y exacto,
del Retiro, todo entero...
es una obra de romanos.
Y de fijo, si no fuera
por los muchísimos cambios
políticos que aquí ha habido,
ya estaría terminado.

Pero lo empecé el catorce
de Abril del sesenta y cuatro,
y desde entonces parece
que todo lo enreda el diablo.
Desde los lejanos tiempos
del rey don Felipe cuarto,
puede con razón decirse
que estuvo aquel sitio intacto;
pero apenas se me ocurre
dar principio á mi trabajo,
cuando todos los gobiernos
se empeñan en trastornarlo.
Viene la revolución,
me quita lo reservado,
cambia calles y paseos
y echa las tapias abajo.
Destroza después lo más
frondoso del arbolado,
y con esto y la dichosa
exposición de ganados,
y poner casa de vacas
y fuentes á cada paso,
y estanque de patinar,
y un kiosco de cuadrumanos,
y tiro de carabina,
y laberintos, y lagos,
y qué sé yo cuántas cosas
con que lo han desfigurado,
me han traído á mal traer
siempre poniendo y quitando
y deshaciendo el domingo
todo lo que hice hasta el sábado.
¡Qué país! No hay nada estable.
¡Todo han de modificarlo!
Un día se les antoja,
y hacen del Retiro un barrio.
Así es que temiendo siempre
nuevas reformas y cambios,
en cuanto el Ayuntamiento
celebra sesión, me escamo.

MER. Papá, viva usted tranquilo,
que hay Retiro para rato.

D. RUF. Antes de que se me olvide,
te advierto que es necesario

que me busques por ahí
unos cartones más blandos.
Este es demasiado duro,
no es posible recortarlo,
y las dichosas estatuas
me están costando un trabajo.
Este *Ataulfo* ha salido
un poquito jorobado;
pero en cambio *Chindasvinto*...
mira, mira qué gallardo.
(Suenan dos golpes de timbre fuera.)

MER. Vamos; aquí está ya Andrés.

AND. (Dentro.)
¿Por dónde andan?

MER. (Abriendo la mampara.) Aquí estamos.

## ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS

AND. ¡Mujercita de mi alma!
Estréchame entre tus brazos.
¡Papá de mi corazón!
Siempre con los Reyes Magos.

D. RUF. ¿Cómo magos?

AND. Digo, godos.
Es lo mismo para el caso.

MER. Ahí tiene usted los estambres.

D. RUF. Vengan; me voy á mi cuarto.

AND. Sí, sí; que es preciso dar
fin á ese proyecto magno,
para que pueda usté hacer
después la Casa de Campo,
la Florida, la Moncloa,
y las Delicias y el Pardo,
y Carabanchel de Arriba,
y Carabanchel de Abajo.

D. RUF. Pues claro está que lo haré
si Dios me conserva sano.

AND. Se morirá usted de viejo
teniéndole yo á mi lado.

D. RUF. Ea, voy á trabajar.

AND. Dios ponga tiento en sus manos.

D. RUF. Voy á hacer la barandilla
del estanque de los patos.
(Vase por la derecha.)

## ESCENA IV

ANDRÉS y MERCEDES

AND. ¡Ay, hija mía! No puedes
figurarte lo rendido
que vengo.
MER. ¡Pobre marido!
AND. Compadéceme, Mercedes.
Tú no sabes como estoy.
¡Se necesitan pulmones!
Mil trescientos escalones
llevo ya subidos hoy.
Y en vano es que me acobarde,
es preciso resistir:
aun me quedan que subir
otros tantos esta tarde.
¡Y sabe Dios por la noche!
Tengo coche y lo merezco.
Hija mía, compadezco
á los médicos sin coche.
MER. Cierto; descansa á mi lado,
que á fe que bien lo mereces.
AND ¡Ay! Sí.
(Sentándose al velador, uno á cada lado. Él saca un cigarrillo; ella le enciende el fósforo. Cuando él lo apaga le da un beso en la mano. La actriz y el actor deben sembrar toda la escena de detalles en que indiquen todo el cariño que los dos personajes se profesan.)
MER. Te he dicho mil veces
que trabajas demasiado.
Tu eterno afán no me explico;
ya debías descansar.
¿A qué tanto trabajar
si has logrado hacerte rico?
Ya, ¿qué más puedes querer
si tienes fortuna y nombre?

AND. ¿Qué más quiero? Ser un hombre
que cumpla con su deber.
En bien de la humanidad
sufriendo la carga voy;
se han empeñado en que soy
una notabilidad,
y no pudiendo excusarme,
á seguir así me avengo.

MER. Pues haces mal.

AND. ¡Si no tengo
más remedio que aguantarme!
¿Cómo me niego al que quiere
que vaya á asistirle yo,
y se empeña en que si no
voy á verle yo se muere?
¿Y á otro que dice:—«A usté acudo.
Doctor, cure á mi mujer.
Usted solo puede hacer
que yo no me quede viudo?»
Y mil de *ellas* he salvado
porque *ellos* me lo han pedido...
y sé de más de un marido
á quien luego le ha pesado.
Pero no puedo evitar
que en mí cifren su esperanza,
y tengan tal confianza
en mi modo de curar.
Pagan mi ciencia con creces
honrándome de mil modos,
y eso que yo, como todos,
me equivoco muchas veces.
De algunos dije muy serio
que la vida salvaría,
y estaban al otro día
camino del cementerio.
Y á más de uno y más de dos
á quienes por muertos dí,
muy gordos después los ví
por esas calles de Dios.

MER. Yo cliente agradecida,
protesto de tal creencia.
No hables así de tu ciencia
á la cual debo la vida.

AND. Es cierto que te salvé,

y era tu dolencia grave;
pero ¡ay Mercedes! Dios sabe
con cuánto afán la estudié.
Llamado á tu casa fuí,
y al ver aquella enfermita
tan pálida y tan bonita
fijos los ojos en mí,
yo que era un grave doctor
sólo amante de la ciencia,
sentí la dulce influencia
bienhechora del amor,
y aun temiendo tu desvío,
—que era lo que me inquietaba,—
á cada instante exclamaba:
—«¡Que no se muera, Dios mío!»—
El mi súplica escuchó,
y dándome arrojo y suerte
de las garras de la muerte
por mi mano te salvó.

MER. Por tí vivo, y soy dichosa.

AND. En aquella lucha abierta,
tu curación era cierta;
pero la mía dudosa,
que un caso extraño se daba
al lograr tu mejoría:
la enferma convalecía,
y el médico empeoraba.
Y muchas veces que fuí
temeroso á visitarte
en lugar de recetarte
debí recetarme á mí.
Hoy te confieso mi falta:
llegué á ser hasta inhumano;
temblaba el día cercano
de tener que darte el alta.

MER. Era infundado el temor.
Yo sufría al verte triste,
y cuando el alta me diste,
en pago te dí mi amor.

AND. Me parece que fué ayer,
y va á hacer tres años ya.

MER. Es que siempre el tiempo va
rápido para el placer,
y ni una nube siquiera

empañó nuestra alegría
desde aquel dichoso día
en que fuí tu compañera.

AND. (Abrazándola.)
Bien haya mi suerte, amén.
(Levantándose.)
De un aviso Dios me guarde.
Ya no salgo hasta la tarde.

MER. Eso me parece bien.

AND. Bastante he corrido ya.

MER. Sí; que descanses es justo.

AND. Me encuentro aquí tan á gusto...
Venga el batín.

MER. (Cogiéndolo.) Aquí está.

SOL. (Dentro.)
Deja; no pases recado.

## ESCENA V

DICHOS y SOLITA por la primera puerta izquierda. **Mas tarde PACA**

AND. ¡Uf!... La viuda... tu amiguita.

SOL (Entrando.)
¡Mercedes!... (Abrazándola.)

MER. ¡Cómo!... ¡Solita!...
¡Tú en Madrid!

SOL. Hoy he llegado.
¡Doctor, querido doctor!...
¿No me esperarías, eh?
¡Claro que no!—¿Sabe usté
que me ha vuelto aquel dolor?
Hija, los nervios es cosa
que me tiene trastornada.
Tomé cien baños, y nada:
no puede una ser nerviosa.
—Necesito consultar,
que me diga usted qué es esto.
—¡Pero qué buena te has puesto!
¡Cuánto tenemos que hablar!
He corrido medio mundo.
¡Qué fondas y qué caminos!
¿Sabes que somos vecinos?
Vivo arriba, en el segundo.

AND. (¡Santo Dios!)
MER. No lo sabía.
SOL Como mi tía está fuera,
estoy con las de Parera
hasta que vuelva mi tía.
AND. (Armémonos de paciencia.)
Gran satisfacción tenemos.
SOL. Así es que ahora nos veremos
con muchísima frecuencia.
Conque usted me dirá cuándo
empezamos la visita.
AND. Cuando usted quiera, Solita.
Yo ya la estoy escuchando.
¡Ninguna duda me cabe
de que se encuentra muy grave
cuando tiene tanta prisa! (A Mercedes.)
SOL. ¡Pues, doctor, usted no sabe!...
No lo tome usted á risa:
parece que me rebosa
la salud... ¡pues no hay tal cosa!
Siempre padeciendo estoy.
Los nervios... ¡Soy tan nerviosa!...
Ya sabe ésta (Por Mercedes.) como soy.
Para estos males extraños,
en lugar de la antihistérica
que usted me mandó otros años,
he estado en todos los baños
de la península ibérica.
Probé de todas las sales;
las aguas nitrogenadas,
las salino-sulfatadas,
las sulfurosas termales,
y las bicarbonatadas.
¡Ay, pero cuánto sufrí!
Tuve un grano este verano
muy cerca del hombro, aquí.
¡Jesús, lo que padecí
con aquel dichoso grano!
El brazo no lo movía.
Me invitaban á bailar
y, claro está, no podía.
Ya te puedes figurar (A Mercedes.)
lo que yo me aburriría.
Gracias á que en Sacedón,

un muchacho muy galante,
me daba conversacion;
un chico que es comandante
de no sé qué batallón.
Es andaluz, de Antequera;
contando cuentos le quita
el mal humor á cualquiera.
¡Qué gracioso! ¡Si usted viera!...

AND. Al grano, al grano, Solita.

SOL. Pues, bién; el grano creció.
Pero, amigo, una mañana
de ir al campo se trató;
fuimos en una tartana,
y la tartana volcó.
¡Dios mío! ¡Qué batacazo!
Pepe Cuenca,—¡pobrecillo!—
á poco se rompe un brazo,
y la marquesa del Mazo
se descompuso un tobillo.
Rodríguez se hizo un chichón,
Pérez una contusión,
y la esposa de Tobar
quedó en una posición...
que no me quiero acordar.
Gracias á que fué en un llano;
si es en sitio peligroso.
ni uno sólo queda sano.
¡Yo llevé un susto horroroso!

AND. Al grano, Solita, al grano.

SOL. Pues, bien; sobre mí cayó
el niño del brigadier,
y con tal fuerza me dió,
que el grano se resolvió
y dejé de padecer.

AND. Mucho el percance lamento
que usted con su gracia abulta;
mas si se curó al momento,
¿á qué viene la consulta
si ya no hay padecimiento?

SOL. Doctor, ese es un error:
desde aquél vuelco dichoso
me encuentro mucho peor.
¡Ay, qué sistema nervioso!
Yo no estoy buena, doctor.

AND. Pronto estará usted curada;
puede usted vivir tranquila,
porque todo ello no es nada.

SOL. ¡Me pongo tan agitada!...

AND. Mucha tila, mucha tila;
y, nada, no se impaciente.
Curará. (¡Cómo me carga!)

SOL. A ver el pulso.

AND. (Tomándoselo.) (Corriente.)
Bien.

SOL. ¿Y la lengua?

AND. (Muy larga.)
La lengua, perfectamente.
El mal está conocido
y es cosa insignificante.

PACA ¿Se puede entrar?

AND. Adelante.

PACA Este aviso que han traído,
y que vaya usté al instante.
¿Qué digo?

AND. Que al punto voy. (Vase Paca.)
«Del marqués de Portovento.»
Hija mía, es un tormento: (A Mercedes.)
dos veces le he visto hoy.
Este dichoso marqués
me tiene ya mareado.
Es el hombre más pesado...
me tendrá allí hasta las tres.
Con su jaqueca ya peca
de cargante y posma, y...
cuando me llama, es á mí
á quien le da la jaqueca.
(Despidiéndose de Mercedes.)

SOL. Pero, ¿qué es eso? ¿Se va
sin haberme recetado?

AND. Lo de usted no es de cuidado.

SOL. ¿De veras?

AND. Pues claro está.

SOL. Bien; ya hablaremos después.
Yo no tengo prisa; espero.

AND. Bien venida.

SOL. Adiós.

AND. (Prefiero
la jaqueca del marqués.)
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

## ESCENA VI

MERCEDES y SOLITA

SOL. Observo que tu marido
sigue tan atareado.
¡Buen esposo has encontrado!
Hija, ¡qué suerte has tenido!

MER. Dices bien. Ni una rencilla
nuestra dulce unión amarga.

SOL. Mi visita va á ser larga;
me quitaré la mantilla.
(Quitándosela.)

MER. Trae.

SOL. Toma. No hay más que verte:
la alegría te rebosa.

MER. Cierto que soy muy dichosa.

SOL. No he tenido yo esa suerte.
(Se sientan las dos)
Siempre la fatalidad
me persiguió aleve y ruda.
¡Mira que quedarme viuda
en lo mejor de mi edad!

MER. ¡Sí que fué un golpe tremendo!

SOL. ¡Una pérdida horrorosa!
Pero hablemos de otra cosa,
que me voy entristeciendo.

MER. Bien.

SOL. Pues hoy mismo he venido
de los baños del Molar.
¡No te puedes figurar
lo que allí me he divertido!
Hija, yo todos los años,
como estoy bien de intereses,
me paso dos ó tres meses
de casa en casa de baños.
Me gusta la intimidad
que se goza en esas casas;
allí la vida te pasas
en completa libertad.
Es el remedio mejor
que inventaron los doctores;

allí habrá malos humores,
pero siempre hay buen humor.
Medicina de recreo,
bailes, giras y meriendas,
conciertos, juegos de prendas...
¡Es un continuo jaleo!
Hay allí mil alicientes...

MER. Bien divertida estarás.

SOL. ¡Y no sabes, además,
qué nube de pretendientes!
Me hizo el amor en Cestona,
—á principios de verano—
un muchacho valenciano,
una excelente persona.
Era buena proporción,
y aunque le dije que sí,
me cansé pronto, y me fuí
á los baños de Sobrón.
Allí había un brigadier
con los bigotes muy largos...
que ejerció no sé que cargos
siendo los suyos poder;
y aunque quería casaca
y era un hombre de talento,
hija, me cansé al momento
y me marché á Carratraca.
Allí se me declaró
un escritor, buen sujeto.
¡Ay! ¡Si vieras qué soneto
tan divino me escribió!
El diablo era el tal poeta;
me tuvo muy divertida,
pero me cansé en seguida
y me fuí á Arechavaleta.
Hice víctimas sin cuento,
y en mi rápida excursión,
dejé herido un corazón
en cada establecimiento.
Yendo de aquí para allí,
cien amantes ví rendidos,
todos muy buenos partidos;
pero como soy así,
—no lo puedo remediar—
me canso pronto y los dejo.

¡Ay! Solo al de Marmolejo
no le he podido olvidar.
¡Ay! Aquel...

MER. Hija, por Dios,
¡cuánto amor y cuánto baño!

SOL. Pues no son muchos; este año
solo he estado en veintidós.
Además de baños de ola
que tomé en San Sebastián,
estuve en Caldas, Solán,
Fuensanta, Fitero, Alzola,
Arnedillo, Lanjarón,
Escoriaza, Guethary,
Trillo, Betelú, Vichy,
y Bagneres de Luchón.

MER. ¡Qué manera de correr!
Con vida tan agitada
ya debes estar cansada.

SOL. Hija, ¿qué le voy á hacer?
La salud es lo primero.

MER. Tienes razón.

PACA (Entrando por la primera puerta de la izquierda.)
Señorita...

MER. ¿Qué quieres?

PACA (Dándola una tarjeta.) Una visita.

MER. ¿A ver?

PACA Es un caballero
que pregunta por usté.

SOL. ¿Quién es?

MER. (Dejando la tarjeta, después de leerla, sobre la mesa del despacho.)
No tengo el honor...
Que entre.—Ven al tocador.
(Vase Paca.)

SOL. Bueno; te acompañaré.
(Vanse las dos por la puerta de la derecha.)

## ESCENA VII

PACA y ROBERTO por la primera puerta de la izquierda

PACA Pase usté aquí, don Roberto.
La señora saldrá pronto.

ROB. ¿Conque me conoces, eh?
PACA ¡Pues vaya si le conozco!
ROB. Tú cada vez más bonita.
PACA Y usted siempre tan buen mozo.
ROB. (Está visto que con todas
tengo un partido asombroso.)
PACA Siéntese usted.
ROB. ¿Conque tú
sirviendo aquí? ¡Qué demonio!
PACA Desde que salí de casa
de las señoras de Orozco
por culpa de usted.
ROB. Silencio.
Habla más bajo ó te ahogo.
PACA No hay cuidado; la señora
está en su cuarto, allá, al fondo.
Pues, sí, por culpa de usted
salí.
ROB. Pero tú, supongo
que saldrías por la puerta,
mientras que yo ¡qué bochorno!
huyendo de aquel marido
que me buscaba rabioso,
al saltar por la ventana
que da á la calle del Sordo,
me hubiera roto el bautismo
si no caigo tan á plomo
sobre el infeliz sereno
que dormía como un tronco.
PACA ¡De buena se libró usted!
ROB. No, no me libré del todo.
Has traído á mi memoria
un recuerdo doloroso.
PACA ¿Le duele á usted todavía?
ROB. Cuando cambia el tiempo, un poco.
PACA ¡Fué una paliza tremenda!
ROB. Aquel marido era un ogro.
Por fortuna, de esa especie
no me he encontrado con otro.
PACA Pues á mí no me pegó;
pero se puso furioso.
Dijo que era yo la causa
de aquel escándalo gordo,
y me echó, y estuve cerca
de un año sin acomodo.

ROB. Yo te recompensaré (Levantándose.)
con creces, que estoy en fondos.

PACA Ya sé que usted, señorito
siempre ha sido generoso.

ROB. Gracias. (Haciéndola una caricia.)

PACA Estese usted quieto.

ROB. ¿Ya empiezas á darte tono?

PACA Como que voy á casarme.

ROB. ¿Sí? ¿Con quién?

PACA Pues con mi novio,
uno que está de escribiente
en la Caja de Depósitos.

ROB. (Hojeando un album de fotografías que habrá sobre la mesa.)
Haces bien: cásate, chica.
Gran cosa es el matrimonio...
(Para los que no se casan,
es decir, para nosotros.)
Y dime: ¿qué fué de aquella
á quien yo le hacía el oso,
—que vivía en el segundo—
novia de aquel medio tonto?

PACA Pues dicen que se casaron
y han ido á vivir á Toro.
El era de allí.

ROB. Lo creo.
¡Qué muchacha! ¡Era un asombro!

PACA Lo que es usted, señorito,
es un tunante de á folio.
No en balde todas le llaman
á usted Juanito Tenorio.

ROB. Cosas de ellas. (¡Caracoles!
¡Qué mujer! ¡Y la conozco!
Sí, sí; yo he visto esta cara;
creo que no me equivoco.
¡Claro que no! Si es aquella
que iba al Real con las de Tornos,
que á mí me gustaba tanto,
y que tiene aquellos ojos...)
(De pronto á Paca, enseñándola el retrato.)
¿Quién es ésta?

PACA Mi señora.

ROB. ¡Tu señora!

PACA ¿A qué ese asombro?

ROB. ¡Qué feliz casualidad!
¡Soy el hombre más dichoso!...
¿Conque se ha casado?
PACA Sí.
ROB. ¡Qué gran mujer!
PACA ¡Poco á poco!
ROB. ¿Por qué lo dices?
PACA Porque esta
no es la señora de Orozco.
ROB. Sí; ya sé que es la de Pérez...
Es lo mismo. Y á propósito:
¿qué tal es él?
PACA ¿El señor?
Un médico muy famoso.
ROB. Ya lo sé; no digo eso.
PACA Pues, ¿qué dice usted?
ROB. Lo otro.
PACA ¿Qué?
ROB. Te pregunto qué tal
se lleva este matrimonio.
PACA Se llevan perfectamente;
siempre están muy cariñosos
ROB. ¿Y él es tan joven como ella?
PACA ¡Cá! No, señor.
ROB ¿Cómo... cómo?
¿Es un viejo?
PACA Viejo, no;
podrá tener treinta y ocho...
ROB. ¿Y hace vida retirada,
sin duda?
PACA Sale muy poco.
No va á teatros ni á paseos....
ROB. ¡Ahora me lo explico todo!
Por eso no la veía...
Pero hoy, por fortuna, logro
hablarla por vez primera.
PACA Señorito...
ROB. ¿Qué?
PACA Mucho ojo.
ROB. Descuida
PACA Ande usted con tiento.
Yo me voy.
ROB. Adiós, pimpollo.

(Vase Paca por la primera puerta de la izquierda.)

## ESCENA VIII

ROBERTO, solo, mirando el retrato

No hay duda, esta es la mujer
que á mí me gustaba tanto.
¡Es preciosa! ¡Es un encanto!
¡Me voy á comprometer!
(Dejando el album )
Sí, señor. ¿Quién dijo miedo?
Aunque en la primer visita...
Pero, hombre, ¡si es tan bonita!...
En fin, yo veré si puedo...
¡Amo el fruto prohibido!
El luchar con los deberes...
¡lástima que las mujeres
casadas... tengan marido!
Ahí está lo peligroso.
Porque suele acontecer
que me quiere la mujer
y me divide el esposo.
Pero aquí no pasará.
Si ella resiste á mi táctica,
tengo suficiente práctica,
y al cabo se ablandará.
No hay resistencia posible
cuando decidido voy.
La verdad es que yo soy
un joven *irresistible*.
Ya viene. No hay que temer.
Llevo adelante el proyecto.
De seguro le hago efecto.
¡Vaya!... ¿No se lo he de hacer?

## ESCENA IX

DICHO y MERCEDES, por la derecha

MER. Usted me dispensará
la tardanza, que yo siento.
ROB. Señora...
MER. Tome usté asiento.

ROB. Mil gracias. (Sentándose.)
MER. Usted dirá.
ROB. Pues en Soria este verano
pasé una temporadita,
y traigo á usté una visita
de su tío don Mariano.
MER. Cuanto celebro... ¿y qué tal
está el tío?
ROB. ¡Tan famoso!
Anda un poquillo achacoso
pero siempre tan jovial.
MER. ¡Ah! Tiene un genio envidiable.
ROB. Es un señor excelente,
tan fino, tan complaciente,
tan servicial, tan amable...
MER. Gracias.
ROB. Pues estuve allí
á arreglar ciertos asuntos
y andabamos siempre juntos.
MER. ¿Y él no vendrá por aquí?
ROB. Mil negocios importantes
no le permiten quizá
salir... (Pues, señor, está
mucho más hermosa que antes.)
Que la viniera á usté á ver,
me dijo, y yo no sabía
que era usté, á quien ya tenía
el gusto de conocer.
MER. ¿Sí?... No caigo... Esta fatal
memoria...
ROB. No, si usted no
me conoce; pero yo
la recuerdo á usted del Real.
MER. ¡Ah! ¡Vamos!
ROB. (¡Es muy bonita!)
MER. ¿Hará algunos años?...
ROB. Sí.
La última vez que la ví
cantaban la *Favorita*.
Estaba usté encantadora.
MER. Por Dios...
ROB. La alabanza es justa.
MER. Gracias.
ROB. (Vamos, que me gusta

muchísimo esta señora.)
(Pequeña pausa.)

MER. Pues ya que se molestó,
siento que haya usted venido
cuando no está mi marido,
y él lo sentirá.

ROB. (Yo, no.)
Y yo; pero ya tendré
ocasión de saludarle.

MER. El pasará á visitarle..

ROB. No, no lo consentiré,
señora, de ningún modo.
El tiene quehaceres, y...
Ya volveré por aquí.
(Cuando él no esté, sobre todo.)
Estoy muy desocupado
y tendré gusto en volver,
pues deseo conocer
á un doctor tan afamado,
á un hombre de ciencia tal
que ha conseguido que sea
su justa fama, europea,
más aún, universal.

MER. ¿Universal? No; no tanto.

ROB. Es la verdad lisa y llana.

MER. Mil gracias.

ROB. (Por la peana
se suele adorar al santo.)
(Pausa. Se atusa los bigotes, adoptando una actitud pretenciosa.)

MER. (¡Qué insoportable gomoso!)

ROB. (¡Qué pie!) ¿Ustedes no han salido
este año?

MER. No hemos podido.
Como siempre está mi esposo
ocupado...

ROB. Lo comprendo.
Pues yo he estado por ahí,
porque eso de estarse aquí
todo el verano es tremendo.
(Pausa.)

MER. (Ya se va haciendo cargante
la visita.)

ROB. (Mirándola.) (¡Es un primor!)

MER. (De pronto.)
¿Ha visto usted qué calor?
ROB. Sí, señora, hace bastante.
(Nada, que de aquí no salgo
sin preparar el camino.
Ahora, así, con cierto tino,
yo voy á insinuarme algo.)

## ESCENA X

DICHOS y DON RUFINO por la derecha

D. RUF. Mercedes...
ROB. ¿Eh? (Levantándose.)
MER. Mi papá.
D. RUF. ¿Está por ahí Gundemaro?
ROB. ¡Cómo!
MER. No sé. (Presentándole á Roberto.)
D. RUF. Servidor...
MER. Visita del tío Mariano.
D. RUF. Muy señor mío. ¿Y qué tal?
ROB. Muy bien.
D. RUF. Yo celebro tanto...
(Mirando á todas partes. Roberto y Mercedes vuelven á sentarse.)
(Pues lo dejé por aquí.)
¿Vendrá usté de Soria? Es claro.
¿Buena mantequilla, eh?
ROB. Sí, sí. (¡Viejo más extraño!)
D. RUF. (Haciéndole levantarse.)
Perdone si le molesto.
ROB. ¡Quiá! No señor; al contrario.
D. RUF. Aquí está; yo bien decía.
Hombre, estaba usted sentado...
ROB. ¿Dónde?
D. RUF. Encima de un rey godo.
ROB. ¡Cómo!
MER. No le haga usted caso.
Son cosas de mi papá.
D. RUF. Pero si estará enterado.
De seguro que lo sabe.

¿No le ha dicho á usted mi hermano
lo del Retiro?

ROB. ¿El Retiro?
¡Ya! Que usted se ha retirado.

D. RUF. No, si no soy militar;
soy civil.

ROB. Sí, sí... ¡ya caigo!
Es usted guardia civil.

D. RUF. Hombre, no. Si yo le hablo
del paseo del Retiro
que estoy haciendo en un plano
de relieve y en colores
sujeto á escala y exacto,
que ocupa una superficie
de cinco metros en cuadro,
con sus calles y paseos...
Para eso estoy recortando
estos reyes de cartón.

ROB. ¡Pues ahí es nada el trabajo!
Será muy digno de verse.

D. RUF. Llevo en él diez y seis años.

ROB. ¡Hola!

D. RUF. Pero, por fortuna,
ya está casi terminado.

ROB. Por lo que veo, es usted
un artista.

D. RUF. No; no tanto.

MER. Papá se entretiene en eso.

D. RUF. Me ha dado Dios unas manos...
No puede usted figurarse
el partido que yo saco
de cualquier cosa.

ROB. Lo creo.

D. RUF. (Recogiéndole á Roberto el bastoncito y el pañuelo de bolsillo.)
Cojo un palito y un trapo,
le doy con pintura verde,
y con tres tijeretazos,
¡zas! ¡zis! ¡zas! Ya tiene usted
una acacia que está hablando.

ROB. ¿Sabe usted que su papá
es un hombre muy simpático?...
(Metiendo los dedos por las tres ó cuatro aberturas que don Rufino habrá hecho en el pañuelo.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y SOLITA

SOL. (Vaya, la visita esta
se prolonga demasiado.)
¿Se puede?
D. RUF. ¡Calle! ¡Solita!
SOL. ¡Don Rufino!
ROB. (¡Cielo santo!
Mi viuda!)
SOL. (A Roberto.) ¡Cómo! ¿Usté aquí?
MER. ¿Se conocían?
SOL. Pues claro.
(A Mercedes.)
(Este es el de Marmolejo.)
ROB. (¡Encuentro más desdichado!...)
SOL. Conque, ¿qué tal, don Rufino?
¿Cómo van esos trabajos?
¿Y á usted, señor don Roberto,
le han sentado bien los baños?
ROB. Bien, ¿y á usted?
SOL. Perfectamente.
ROB. Me alegro.
SOL. (Aparte á Roberto.)
(Es usté un ingrato.)
ROB. (¡Esta me va á fastidiar!)
SOL. Sentémonos.
ROB. Yo me largo...
Digo, me retiro. (Ya
nos veremos.) (A Solita.)
SOL. (¡Es muy guapo!)
ROB. (A Mercedes.)
He tenido tanto gusto...
Ya volveré más despacio.
MER. Cuando usted guste, aquí tiene
su casa...
ROB. Agradezco tanto..
Caballero...
(A don Rufino que le ofrece el sombrero.)
D. RUF. Servidor.
ROB. Roberto Gil, aquí al lado...

D. RUF. ¡Ah! ¿Conque somos vecinos?

ROB. Jorge Juan, catorce, bajo.

SOL. (A Roberto)
(Yo, aquí arriba, en el segundo.)

ROB. (Ahora un apretón de manos.)
Señora... (¡Es usted un ángel!)

MER. ¡Eh!... (Se retira hacia el foro.)

ROB. (A Solita) (¡Monísima!)

SOL. (¡Simpático!)

ROB. (¡Hermosa!)
(A don Rufino, que después de abrir la mampara, ocupa la posición que momentos antes ocupaba Mercedes.)

D. RUF. ¿Cómo?...

ROB. ¡Ah!... No... nada...
Adiós; beso á usted la mano.

FIN DEL ACTO PRIMERO



# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

## ESCENA PRIMERA

DON RUFINO, solo, recortando una estatua

Le sobra mucho de aquí...
le cortaré de este lado...
¡Tampoco me gusta así!
¡Vaya, que me tiene á mí
el monarca mareado!
Aun lo puedo componer
recortándole este pico.
Pues, señor, no puede ser...
Nada... no puedo meter
en cintura á Sigerico.

## ESCENA II

DICHO y SOLITA, por la primera izquierda, con un cestillo de labor

SOL. Don Rufino, buenas tardes.
D. RUF. Solita... ¿qué tal?
SOL. Muy bien.
Nada: siga usté el trabajo,
no le quiero entretener.
¿Y Mercedes?
D. RUF. Allá adentro.

SOL. Me alegro mucho. ¿Y Andrés?
D. RUF. Visitando por ahí.
SOL. Pues me he traído el crochet.
(Deja el cestillo sobre el velador.)
Ya sabe usted que esta tarde
les acompaño á comer.
D. RUF. No sabía..
SOL. Sí señor.
¿Y tampoco sabe usté
que vivo arriba?
D. RUF. Tampoco.
SOL. Sí señor, desde anteayer.
Estoy con las de Parera...
Mi tía está en Leganés.
D. RUF. ¿Qué? ¿Se ha vuelto loca?
SOL. No.
Hace unos días que fué
á estar una temporada
con las de Castillofiel
que tienen allí un *chateau*,
quiero decir, un *chalet*.
¡Es una quinta preciosa!
¡Ay! ¿Qué es eso? ¿A ver? ¿A ver?
Me encanta usted, don Rufino,
por lo laborioso que es.
D. RUF. Gracias. Pues estoy haciendo,
y pronto lo acabaré,
la calle de las estatuas.
Llevo ya cortados seis
reyes. ¡Ay, hija! Estos reyes
me traen á mal traer.
SOL. ¿Quién es este?
D. RUF. Chindasvinto.
SOL. ¿Sabe usted que está muy bien?
D. RUF. ¿De veras?
SOL. Muy parecido.
D. RUF. ¿Qué? ¿Le ha conocido usted?
¡Carambita con el godo,
lo que me ha dado que hacer!
SOL. ¿Y hace usted todo el Retiro?
D. RUF. Sí señora.
SOL. ¿Todo, eh?
¿Habrá usted puesto el Skating?
D. RUF. Aun no; pero lo pondré.

SOL. ¡Ay! Para mí qué recuerdos
tiene el Skating aquel.
Todas las mañanas iba
el año setenta y seis
á patinar, y me estaba
patinando hasta las diez.
Allí conocí á un muchacho
alto, rubio, muy cortés,
que patinaba de un modo...
¡Qué vueltas! ¡Qué rapidez!
Hacia atrás, hacia adelante...
¡Qué manera de correr!
Y dibujaba espirales...
y sobre el hielo una vez
escribió con el patín:
«Solita, la adoro á usted.»
Era siempre mi pareja,
y un día se me fué un pie,
(Al imitar el resbalón empuja á don Rufino.)
y si no es por él me estrello...
¡me estrello si no es por él!

D. RUF. (¡Ay qué mujer! ¡Me marea!)

SOL. Pues, con permiso de usted,
voy adentro con Mercedes.
Hasta luego.

D. RUF. Hasta después.
(Vase Solita, puerta segunda izquierda.)

## ESCENA III

DON RUFINO, luego ROBERTO

D. RUF. Vaya... está perfectamente.
Hoy quedarán colocados.
Carlos primero, Chintila, (Recogiendo los reyes.)
don Felipe, Gundemaro.
La señora de Sabova,
Carlitos el hechizado...

ROB. ¿Se puede?

D. RUF. Adelante, pollo.
¿Qué tal?

ROB. Beso á usted la mano.
¿No está el doctor?

D. Ruf. Ha salido.
Rob. ¡Caramba! Lo siento tanto.
D. Ruf. Es casual que venga usté
siempre cuando él no está.
Rob. Es raro.
D. Ruf. Sí, señor.
Rob (Como que vengo
cuando sé que él se ha marchado.)
D. Ruf. Tome usté asiento y aguarde.
Rob. Corriente. Le espero un rato.
¿Y Mercedes?
D. Ruf. Allá adentro
con la viudita.
Rob. (¡Canario!
¡Que siempre ha de estar la viuda
en esta casa estorbando!)
D. Ruf. Conque, ¿qué se cuenta?
Rob. Nada.
(Pues lo que es hoy no me marcho
sin dar mi cartita. Sí;
no hay más remedio: me lanzo.)
D. Ruf. ¿Y qué tal la tarde? ¿Fresca?
Rob. Regular.
D. Ruf. Como no salgo
de casa hace ya tres días
porque estoy muy ocupado...
Rob. ¿Sí, eh?
D. Ruf. Sí, señor, muchísimo.
Rob. (El dársela yo á la mano
me parece un poco grave.)
D. Ruf. Yo siempre con mi trabajo.
Rob. (Si yo la pusiera aquí,
entre la labor... ¡qué diablo!
*Audaces fortuna juvat.*
Nada: á la puente ó al vado.)
(Coloca la carta en el cestillo de labor de Solita.)
¡Caramba con don Rufino!
Pues ya estoy yo deseando
admirar esa gran obra.
D. Ruf. Pues cuando usted quiera, vamos.
Tendré muchísimo gusto
en que usted me dé su fallo.
Rob. (Le diré que es un portento
aunque sea un mamarracho.)

D. Ruf. Pase usted.
Rob. No; usted primero.
(¡Ay! ¡Ella!...) Un momento...
D. Ruf. (¡Malo!
Me lo van á entretener.)

## ESCENA IV

DICHOS, MERCEDES y SOLITA

Rob. ¡Ah! Señora... ¿Cómo vamos?
Mer. Bien, gracias, ¿y usted?
Rob. Bien, gracias.
¡Solita! Celebro tanto...
Sol. Gracias, bien. ¿Y usted?
Rob. Bien, gracias.
D. Ruf. Yo, á Dios gracias, bien. ¡Andando!
Ya hablarán ustedes luego.
Ahora vamos á mi cuarto.
Rob. Voy á admirar su gran obra.
Soy con ustedes.
Sol. (Aparte á Roberto.) (¡Ingrato!)
Rob. (Ya hablaremos luego.) (A Solita.)
Sol. Bien.
Rob. (A Solita.)
(Adiós.) (Aparte á Mercedes.)
(Tenga usted cuidado
con el crochet.)
Mer. (¿Cómo?)
Rob. Adiós.
D. Ruf. Usted primero.
Rob. No.
D. Ruf. Vamos.
(Vanse Roberto y Rufino por la derecha.)

## ESCENA V

MERCEDES y SOLITA

Sol. ¡Qué simpático! ¡Qué fino!
¡Y qué atento!
Mer. Demasiado.

¡Tres visitas en tres días!
El chico se abona á diario.

SOL. Como que viene por mí.

MER. Pues, hija, no lo he notado.

SOL. Sí, mujer. Sabe que yo
con mucha frecuencia bajo,
y el pobre aprovecha todas
las ocasiones, es claro.

MER. Pues me alegro y no me opongo.
Por mí, puede visitarnos
cuando guste.

SOL. Oye una cosa.

MER. ¿Qué?

SOL. Que si algún día hablamos
de edades delante de él,
no vayas...

MER. Pierde cuidado.

SOL. Tú y yo somos de una edad.

MER. Bueno; es igual. (¡Es descaro!)

SOL. Vaya, te voy á enseñar
la labor que he comenzado.
Es un tapete precioso.

MER. Siendo labor de tus manos...

SOL. ¡Calle!... ¿Qué es esto?... ¡Una carta!
(Sacándola del cestillo.)

MER. ¿Una carta?
(Mercedes colcca el cestillo sobre la butaca de la derecha.)

SOL. Sí; veamos.
De Roberto, de seguro.
Huele á opoponax.

MER. (¡Es raro!)

SOL. ¡Justo! ¡de él! (Viendo la firma.)
«Roberto.» A ver
qué me dice. «Martes, cuatro.
»Señora...»—¡Qué respetuoso!
—«El temor sella mi labio...»—
¡Qué tímido!—«Que la pluma
»diga lo que yo me callo.
»Sí, bellísima... Mercedes.»—

MER. ¡Cómo!... ¿Qué?

SOL. Lo dice claro.
Esta carta es para tí.

MER. ¿Para mí? ¡Qué mentecato!

SOL. Lee y te convenceras.
MER. ¡Qué audacia!
SOL. (¡Valiente chasco!)
Pues yo no se lo perdono.
¡Hase visto el mamarracho!
(Se oye dentro la voz de Andrés.)
MER. ¡Calla!... Mi marido.
SOL. ¿Sí?
Me alegro; voy á contárselo.
MER. No, por Dios..

## ESCENA VI

DICHAS y ANDRÉS puerta izquierda

AND. Muy buenas tardes.
SOL. (A Mercedes.)
Felices. (Yo no me callo.)
MER. (Que no.)
SOL. (Que sí.)
MER. (Te lo ruego.)
No demos lugar acaso
á un disgusto.)
AND. ¿Qué sucede?
(Desde el foro, quitándose el gabán.)
MER. Nada.
SOL. Mucho.
AND. ¿Qué es? Sepamos.
MER. (No se la des.) (A Solita.)
SOL. Lea usted,
(Andrés lee la carta.)
y quédese estupefacto.
MER. Yo, Andrés mío, no quería
decirte lo que ha pasado.
Temí disgustarte...
AND. (Leyendo.) ¿Cómo?
MER. Sólo por eso...
AND. ¡Canario!
¿Conque es para tí esta carta?
(Con mucha tranquilidad.)
SOL. Sí, señor; y es un descaro.
AND. ¿Y quién es este... Roberto?

MER. Pues es... el joven que trajo
anteayer, ya te lo he dicho,
visita del tío Mariano.

AND. ¡Hola!... ¡Llegó hace dos días
y hoy ya se te ha declarado!...
Sabe aprovechar el tiempo.
¡Ya, ya! ¡Promete el muchacho!

SOL. Pero, hombre, ¿y lo toma usted
así?

AND. ¿Cómo he de tomarlo?
Sé bien lo que ésta me quiere.
(Abrazando á Mercedes.)

MER. ¡Andrés!... (Cariñosa.)

AND. Y estoy confiado.

SOL. Sí; fíese usted...

AND. ¡Señora!...

SOL. No es eso: digo que el caso
no es para que usted se quede...

AND. ¿Cómo?

SOL. Así, tan sosegado.
¡Ay! ¡Qué sangre tiene usted!

AND. Yo sé bien lo que me hago.

MER. Tienes razón; ni aun merece
la pena de disgustarnos.

AND. Nada; yo haré que no vuelva.

SOL. Pero si no se ha marchado.

AND. ¿No?

SOL. Si está con don Rufino
viendo el Retiro en su cuarto.

MER. (¿Qué has dicho?) (A Solita.)

AND. ¿De veras?

SOL. Sí.

AND. Mejor; me ahorra el trabajo
de ir á buscarle.

MER. ¿Qué intentas?

AND. Ya verás.

MER. (¡Estoy temblando!)

SOL. Doctor, mátemelo usted.

AND. ¿Para qué? no es necesario.
Que viva para escarmiento
de esa cáfila de zánganos
que, no respetando nada,
ni aun lo que hay de más sagrado,
piensan que un marido es

una especie de espantajo
del que impunemente pueden
burlarse como los pájaros.

MER. ¡Un duelo!

AND. ¡Qué tontería!

SOL. Lo merece.

AND. Ni pensarlo.
Me batiré con mis armas
y sin dar al mundo escándalo.

SOL. ¿Cómo?

AND. Nos divertiremos
á costa del mentecato.

SOL. El sale.

AND. Vengan ustedes.

MER. Pero...

SOL. ¿Qué?

AND. Silensio. Vamos...
(Vanse los tres por la puerta segunda izquierda.)
Vamos, que quiero explicarles
la farsa que he imaginado.

ROB. (Desde la puerta de la derecha.)
No, no se moleste usted;
continúe su trabajo.

RUF. (Dentro.)
Pues, adiós, amigo mío.

ROB. Gracias. Beso á usted la mano.

## ESCENA VII

ROBERTO. Luego SOLITA

ROB. No hay nadie, y no está el cestillo
en donde lo puse yo.
Veamos. (Buscando en el cestillo.)
Ya la cogió.
¿Qué tal? Si seré yo pillc.
Volveré mañana, sí.
Este asunto necesita
calma. (Se dirige á la primera puerta izquierda.)

SOL. (Saliendo.) ¡Roberto!

ROB. ¡Solita!

SOL. Venía á buscarle.

ROB. ¿A mí?

SOL. ¡Jesús! ¡Esto es vergonzoso!
¿No sabe usted lo que pasa?
ROB. ¿Qué pasa?
SOL. Que hay en la casa
un escándalo espantoso.
Que el doctor ha poco ha hallado.
una carta que han escrito
á Mercedes.
ROB. (¡Dios bendito!)
Pero, ¿dónde la ha encontrado?
SOL. Dice que ella la tenía
oculta entre la labor.
ROB. (¡La mía!)
SOL. Y está el doctor...
ROB. (No cabe duda: ¡la mía!)
SOL. Ya ve usted si el caso es grave.
ROB. ¿Y quién es?
SOL. No la he leído.
Pero lo sabe el marido.
ROB. (Asustado.)
¡Cómo! ¿El marido lo sabe?
SOL. Lo sabe, y quiere buscar
al necio que la escribió.
ROB. ¿Sí? (Pues el necio soy yo.)
SOL. Dice que lo va á matar.
ROB. (¡Caracoles! Yo me largo.)
Con su permiso, Solita.

AND. (Dentro, gritando.) Yo sabré buscar al infame. Sólo en sangre pueden lavarse ofensas de esta especie. Señora, no se disculpe usted. Es inútil cuanto me diga. Los dos sufrirán el peso de mi venganza. ¡Esto es inicuo! ¡Y para esto le he dado á usted mi mano! Ya es hora de que se vengue un marido ultrajado. ¡Voy á matar á ese miserable! (Cuide el actor de no gritar tanto que impida oir lo que se dice en escena.)

SOL. ¡Ay! ¿No oye usted cómo grita?
ROB. Sí, sí, si ya me hago cargo.
SOL. Hará cualquier disparate.
Es un hombre muy celoso,
y se ha puesto tan furioso
que temo hasta que la mate.
Por la paz del matrimonio,

Roberto, ayúdeme usté...
venga á contenerle...

ROB. ¿Qué?
Que le contenga el demonio.

SOL. Pues avisaré al papá.

ROB. Está bien; yo no me atrevo.
Comprenda usted que no debo...

SOL. Adiós. (Me las pagará.)
(Vase por la derecha.)

ROB. Pues, señor, yo me conozco.
(Poniéndose el sombrero.)
No quiero dar ocasión
á una segunda edición
del lance de la de Orozco.
(Va á salir por la primera puerta de la izquierda á tiempo que, por la misma, entra Andrés.)

## ESCENA VIII

ROBERTO y ANDRÉS que entra gritando y se sorprende al verle

AND. Yo sabré encontrarle, sí.
He de matar al villano.

ROB. ¡Ay!

AND. ¿Eh? (Como reparando en él.)

ROB. Beso á usted la mano.

AND. ¡Cómo! ¡Estaba usted aquí!
Al entrar... dispense usté...
Un disgusto... Yo lamento...
Pero, tome usted asiento.
(Figurando serenarse.)

ROB. Gracias; estoy bien de pie.
(No sabe quien soy sin duda.)

AND. Ayer su papá me dijo...

ROB. ¿Mi papá?

AND. ¿No es usté el hijo
del Marqués de Torreaguda?

ROB. ¡Ah! Sí, señor. (Me he salvado.)

AND. Ya su papá me explicó
lo que usted padece.

ROB. ¿Yo?

AND. Sí, sí; ya estoy enterado.

ROB. (Muy alegre.)
(¡Me toma por un cliente!)

AND. Pues, nada, vamos á ver
lo que es necesario hacer.
(Andrés indica á Roberto que se siente, y éste lo hace en la butaca donde está el cestillo. Lanza un grito al sentirse herido en la parte posterior por la aguja del crochet. Andrés retira el cestillo, y una vez sentado Roberto, le reconoce cómicamente los ojos.)
Veré detenidamente...

ROB. (En los ojos está el mal.)

AND. Sí... se nota desde aquí.
(Separándose.)
Justo: es el derecho.

ROB. Sí.
(O el izquierdo, me es igual.)

AND. Nada; cuanto más lo veo
lo juzgo más evidente.
La operación es urgente.

ROB. (Levantándose.)
¿La operación?

AND. ¡Ya lo creo!
(¡Buen susto se va á llevar!)
(Saca de un estuche de cirugía un bisturí.)

ROB. (Aterrado al verlo.)
Pues á eso no me decido.

AND. (El imbécil ha creído
que yo le voy á operar.)
No es nada.

ROB. (¡Virgen María!)

AND. Vamos. (Deja el bisturí y se acerca á Roberto.)

ROB. (¡Qué apuro!) Doctor...
(Conteniéndole.)
¿No será mucho mejor
dejarlo para otro día?

AND. De ningún modo: urge ya.
(Acercándose. Roberto retrocede asustado.)
Es cobarde con exceso;
bien dice su papá.

ROB. (En eso
no le ha engañado *papá*.)
Doctor... (Suplicante.)

AND. Lo he determinado:
su papá lo manda así,

y usted no sale de aquí
sin que yo le haya operado.
(Le obliga á sentarse y saca del armario un frasquito en cuyo contenido empapa un pañuelo.)
(El cloroformo... Y después
que averigüe que pasó.)

ROB. (Muy asustado.)
(¿Cómo le digo que no
soy el hijo del marqués?)

AND. Vamos.

ROB. No; no me conformo.
(Andrés se acerca y le aplica á la nariz el pañuelo.)
¡Eh!... ¡Doctor!...

AND. Estése quieto.
(El susto ha de ser completo.)

ROB. (Haciendo visajes como si quisiera contener un estornudo.)
¡Puf!... ¿Qué es eso?

AND. Cloroformo.

ROB. ¡Por favor!...

AND. ¡Si ya lo ha olido!
Ya no hay remedio.

ROB. (¡Ay! ¡Qué bruto!)

AND. Antes de medio minuto
perderá usted el sentido.
(Sigue aplicándole el pañuelo á la nariz, á lo que Roberto quiere resistirse.)
Ahora á operar.

ROB. No.

AND. Más calma.

ROB. Si es que yo...

AND. Separe el brazo.
Sólo es cuestión de un pinchazo.

ROB. ¡Ay, Dios mío... de... mi... alma!
(Desmayándose.)

## ESCENA IX

DICHOS, LOLITA y MERCEDES que han presenciado la escena anterior desde las puertas. Luego DON RUFINO

AND. ¡Mercedes!... ¡Solita!... Aquí.
Que la farsa no comprenda.

A ver, á escape: una venda
antes de que vuelva en sí.
En el armario...

SOL. (Sacándola.) Aquí está.

AND. De esta le escarmentaré.

SOL. Deje usted, yo la ataré
y no se desatará.
(Poniéndole la venda muy fuerte sobre el ojo derecho.)

AND. (Riendo.)
Se llevó un susto y no flojo.

D. RUF. (Saliendo.)
¿Qué es eso? ¿Algún golpe?

SOL. ¡Quiá!

AND. No se asuste usted, papá,
que no es nada lo del ojo.

D. RUF. Mas, ¿qué ha sido? Porque yo
no comprendo... (A Solita.)

SOL. (Hablan aparte.) Escuche usté.

AND. Ahora son las dos. Pondré
en las cinco su reló.
(Sacándole el reloj.)
Por forfuna es *remontoir*.
¡Ajajá! Perfectamente.

D. RUF. ¿De veras? ¿Eh? ¡Qué insolente!
Hombre, le voy á pegar.
¿Qué se habia figurado?

MER. Andrés, por Dios, me parece
mucho castigo.

SOL. Merece
más aún.

MER. ¡Es demasiado!
¡Su situación es cruel!

AND. Convengo en que es algo dura;
pero más se me figura
la que preparaba él.

MER. Para castigar al necio
el desprecio es lo mejor.

AND. ¿El desprecio? No, señor;
no es suficiente el desprecio.
(Se sienta á escribir.)

SOL. Eso es lo que yo le digo:
¿qué ha de bastar? ¡Bueno fuera!
Si de mi cuenta corriera,
otro sería el castigo.

Su acción, no te quepa duda,
ha sido inicua y menguada.
¡Pretender á una casada...
y burlarse de una viuda!
Yo, ya, si fuera el doctor,
le estaba desafiando,
porque si no, ¿para cuándo
quedan los lances de honor?

AND. Tome usted. (A don Rufino.)
D. RUF. ¿Qué es eso?
AND. Nada.
Una carta para mí;
llévesela usted.
D. RUF. ¿Yo?
AND. Sí.
D. RUF. Hombre, si aun está cerrada.
AND. Es que la debo leer
más tarde.
D. RUF. Pues no lo entiendo.
AND. Me la dará usted diciendo
que la acaban de traer.
Yo avisaré.
D. RUF. Bueno; voy.
AND. Salgan ustedes de aquí.
SOL. Bien; vamos.
AND. Ya vuelve en sí.
Ya va á decir: «¿dónde estoy?»
(Vanse Mercedes, Solita y don Rufino por la izquierda.)

## ESCENA X

ANDRÉS y ROBERTO

ROB. ¿Dónde estoy?
AND. Aquí, en mi casa.
ROB. Sentí así como un mareo...
¿Me ha operado?
AND. Ya lo creo.
ROB. ¡Si no sé lo que me pasa!
Me he desmayado, ¿verdad?
AND. ¡Ha sido un síncope horrible!
¡Tres horas!
ROB. ¡Tres! ¡No es posible!

(Mira su reloj.)
¡Dios mío! ¡Qué atrocidad!
AND ¡Desdichada operación!
¡La primera que equivoco!
ROB. ¿Sí?...
AND. ¿Le duele á usted?
ROB. Un poco.
AND. (¡Lo que puede la aprensión!)
ROB. Yo me quisiera marchar,
doctor. En casa podría...
AND. No es prudente todavía,
y antes tenemos que hablar.
Estamos solos los dos.
(Con gravedad y sentándose á su lado)
Tanta precaución no extrañe,
que lo que al honor atañe
exige reserva.
ROB. (¡Ay, Dios!)
AND. A ser tiene usted derecho
de mi honda pena testigo,
y en prueba de lo que digo
voy á abrirle á usted...
(Roberto se asusta.) mi pecho.
ROB. (¡Ah!)
AND. La cuestión es muy grave,
y el término problematico; (Con afabilidad.)
pero me es usted simpático.
ROB. (¡Ay! ¡Respiro! ¡No lo sabe!)
AND. Y debo una explicación
franca, sincera y leal
de mi estado excepcional
al hacer la operación.
Me resultó desgraciada,
y de lamentar no dejo...
ROB. No, no; si yo no me quejo.
Ya ve usted, no he dicho nada.
AND. Sin embargo es mi deber.
Estaba fuera de mí...
y se me fué el bisturí.
ROB. Pues ¿qué le vamos á hacer?
AND. No quiero pensarlo más.
ROB. Dice usted muy bien. Ni yo.
AND. ¿Es usted casado? (Dando intención á la pregunta.)
ROB. No.

AND. No se case usted jamás,
ni aun confiando en su estrella.
No basta encontrar esposa
honrada, amante y virtuosa
para ser feliz con ella.
Que aunque se llegue á lograr
ventura, paz y reposo,
nunca falta un envidioso
de la dicha del hogar,
que para aumentar la lista
de tanta infamia intentada,
en la mujer más honrada
ve segura otra conquista.
Y necio, al par que atrevido,
y seguro de vencer,
asediando á la mujer
pisa el honor del marido:
ente despreciable y vil
cuyo exterminio comprendo.

ROB. (Pues señor, me está poniendo
como hoja de perejil.)

AND. La bilis tengo alterada.
¿Usted dirá, por suspuesto,
que á qué viene todo esto?

ROB. No, señor; no digo nada.

AND. Pues bien, oiga usted la historia,
y en su reserva confío.
Mi señora tiene un tío.

ROB. ¿Sí?

AND. Sí; tiene un tío en Soria.
Un joven trajo anteayer
visita suya; hoy ha vuelto,
y ha pretendido, resuelto,
conquistar á mi mujer.
Y si se hubiera lanzado
de palabra el pobrecito...
¡pero lo ha hecho por escrito
y yo la carta he encontrado!
¡Me irritó tal villanía!
Llegó usted cuando acababa
de descubrirla, y estaba...
¡juzgue usted cómo estaría!
Y aquí tiene usted la historia
del por qué me hallaba así.

ROB. (¡Y me está contando á mí
lo que me sé de memoria!)

AND. Pero aunque la ira me abrasa,
ya el no hallarle no me inquieta,
pues tengo aquí una tarjeta
con las señas de su casa;
y le juro, á fe de Andrés,
que de mí se acordará.
¿Le conoce usted, quizá?
(Dándole la tarjeta.)

ROB. No, señor; no sé quién es.
(Va á guardar la tarjeta cuando Andrés se la coge.)
¡Ah!

AND. Y ahora pienso ir
á castigar su cinismo.
(Se levantan.)

ROB. Calma, doctor.

AND. Ahora mismo
¡Si lo voy á dividir!
Ya estoy preparado.

ROB. (Aterrado.) ¿Eh?

AND. Calma; volveré al momento.

ROB. No, doctor, no lo consiento;
no se comprometa usté.

AND. No se inquiete usted por mí.
Yo sabré ponerle á raya.

ROB. (Después de todo, que vaya.
¡No me ha de encontrar allí!...)

AND. Cuando yo en cólera monto...

ROB. Sí, señor, sí, me hago cargo.
(En cuanto salga, me largo.)

AND. Estaré de vuelta pronto.
No paga el tal don Roberto
el disgusto que me dió.
¡Ser él causa de que yo
le haya dejado á usted tuerto!

ROB. Pero, hombre, ¿no habrá manera
de que no me quede así?

AND. Lo dificulto. Por mí...
ya ve usted, yo bien quisiera.

ROB. ¡Ay!

AND. Quedará menos mal;
yo por mi cuenta lo tomo,
y quizá se arregle...

ROB. ¿Cómo?
AND. Con un ojo de cristal.
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

## ESCENA XI

ROBERTO

¡Tuerto! ¡Pues me he divertido!
¡Y que siempre á mí me pase
algo por ser atrevido!
Es claro, si no he nacido
para líos de esta clase.
(Yendo á la puerta primera de la izquierda que ha dejado cerrada Andrés.)
No espero aquí el resultado.
Pues, señor, esto es más grave:
no hay duda, estoy encerrado.
Iba tan preocupado
que echó por fuera la llave.
Si yo pudiera saltar..
¡Suceda lo que suceda!
(Acercándose al balcón y midiendo la altura con la vista.)
¡Qué! ¡Si me voy á estrellar!
Pues, señor, bien; no me queda
más remedio que esperar.
(Tropieza varias veces en los muebles.)
¡Dios mío! ¡Qué situación!
¡Vaya un médico! ¡Bribón!
¡A poco me deja ciego!
Sólo me falta que luego
me cobre la operacion.
Será desinteresado;
pero, si bien se repara,
ya de sobra le he pagado.
¡La operacion me ha costado
¡ay! un ojo de la cara!

## ESCENA XII

**DICHO y SOLITA** que abre la segunda puerta de la izquierda y entra sigilosamente hasta colocarse detrás de Roberto.

SOL. Roberto...
ROB. (¡Gran Dios! ¡Solita!
¡Sólo me faltaba esto!)
SOL. ¿Que tal? ¿Cómo sigue usted?
Ya me han contado el suceso.
¡Qué desgracia tan sensible!
¡Qué descuido tan tremendo!
No puede usted figurarse
cómo me quedé al saberlo.
Pero, ¿qué tenía usted?
Porque lo que es por su aspecto
no se conocía nada.
ROB. ¡Claro!
SOL. ¡Unos ojos tan buenos,
tan rasgados, tan brillantes,
tan expresivos, tan negros!
ROB. Gracias.
SOL. ¡Ay, Roberto!
ROB. No;
no me llame usted Roberto.
SOL. ¿Que no le llame? ¿Y por qué?
ROB. Ya se lo diré á su tiempo.
Vaya, me voy.
SOL. ¿Se va usted?
ROB. Me voy á tomar el fresco.
SOL. (Conteniéndolo.)
No; de ninguna manera...
puede empeorar con eso.
El doctor lo ha prohibido,
y yo no se lo consiento.
ROB. (Pues señor, bien.)
SOL. ¿Se va usted,
por ventura, suponiendo
que después de esa desgracia
he de quererle yo menos?
No, señor; muy al contrario...
hoy doblemente le quiero.

ROB. Gracias.
SOL. Pensaba algún día,
de mi amor en los ensueños,
feliz mirarme en sus ojos;
mas ya que en los dos no puedo,
le expresaré mi cariño
mirándome en el izquierdo.
Sí, Roberto.
ROB. Por favor,
no me nombre, se lo ruego.
SOL. Es verdad, me he distraído;
dispénseme usted, Roberto.
ROB. ¡Señora!...
SOL. ¡Está usted nervioso!...
ROB. Muy nervioso, ¡ya lo creo!
SOL. Nada; pues calma, por Dios,
que las cuestiones de nervios
las conozco bien, y nadie
como yo sabe el remedio.
Tila, tila, mucha tila.
Voy por una taza y vuelvo.
(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA XIII

ROBERTO

¡Qué calamidad, Dios mío!
¡Qué mujer! ¡Es un mareo!
¡Para escuchar tonterías
estoy yo en estos momentos!

## ESCENA XIV

ROBERTO y ANDRÉS. Luego DON RUFINO

AND. Fué inútil el molestarme.
No he encontrado en casa al tal
mequetrefe.
ROB. (Es natural,
¿cómo había de encontrarme?)

AND. Más ya me tranquilicé
y desprecio al desdichado.

ROB. Sí señor, muy bien pensado;
nada, despréciclo usté.

(Andrés hace señas á don Rufino para que entre.)

D. RUF. (¿Que entre? Me dice que sí.
Cumpliré mi cometido.)
Esta carta que han traído
ahora mismo para tí.

AND. Con permiso. (A Roberto. Abre la carta.)

ROB. ¿Qué será?

D. RUF. (Me están dando ganas de...)

AND. ¡Si es de su papá de usté!

ROB. (¡Me mató!) ¿De mi papá?

AND. «Queridísimo doctor:
»hoy de su amistad exijo
»que venga á ver á mi hijo
»porque está mucho peor.»

ROB. (¡Ay! ¡No sé lo que me pasa!)

AND. «No le es posible salir,
»y tiene usted que venir
»á reconocerle á casa.»
¿Qué es esto?

ROB. Nada, que no...
Como me estaba doliendo...
Diré á usted...

AND. Pero no entiendo...

ROB. (¿Y cómo le explico yo?...
Vamos, ya encontré manera.)
Pues, sí, me agravé y papá
al verme así... claro está...
no quería que saliera...
(¡Ya salí!) Pero el dolor
conocí que iba en aumento
y dije: «en este momento
me voy á ver al doctor...»
y por no alarmarle...

AND. ¡Ya!

ROB. Sin decir nada, salí...
y por eso estoy aquí.
sin que lo sepa papá.

AND. Vamos, usted ha querido
evitarle la impresión
triste de una operación.

ROB. Sí señor; por eso ha sido.
Tengo un padre tan amante...

AND. Ha hecho usted perfectamente.
(¡Y con qué frescura miente
el grandísimo tunante!)

ROB. (Al fin encontré salida.)
Pues, doctor, con su permiso...

AND. Sí señor, sí; ya es preciso
marchar á casa en seguida.

ROB. Sí, sí; me voy al momento.

AND. No, que el fresco de la noche...
Yo le llevaré en mi coche.

ROB. No señor, no lo consiento.

AND. Debo explicarle á papá...

ROB. (¡Santo Dios!...)

AND. Lo que ha ocurrido,
y después de haberme oído,
mi falta disculpará.
Y antes vere el resultado
de la operación... ¿quién sabe?
Quizá no sea tan grave
como yo me he figurado.
A veces no hay quien entienda...

ROB. ¡Quiéralo el cielo, doctor!

AND. A ver; haga usté el favor
de ayudar.
(A don Rufino. Hace sentarse á Roberto que, como recordando el pinchazo anterior, mira antes al asiento.)
Fuera la venda.
Tal vez podamos lograr...

ROB. ¡Soy dichoso!... ¡Veo! ¡Veo!
(Con exagerada y cómica alegría y tapándose con una mano el ojo izquierdo para convencerse de que ve con el derecho.)

AND. ¡Cómo! ¿Ve usted?

ROB. ¡Ya lo creo!

AND. Hombre... vamos á probar.
(Dándole á leer la carta.)
Lea usted.

ROB. (¡Huy! ¡Cielo santo!
¡Mi carta!)

D. RUF. (¡A ver qué decía!)
(Se pone las gafas, y por encima de la cabeza de Roberto lee para sí la carta.)

AND. ¿Qué tal?
ROB. Bien.
D. RUF. (¡Qué picardía!
¡Yo no sé cómo lo aguanto!)
AND. ¿Ve usted?
ROB. Sí señor.
D. RUF. ¿Sí, eh?
Pues lea usté esa posdata
que he añadido yo.
ROB. (¡Me mata!)
AND. Vamos, hombre, lea usté.
ROB. (¡Qué grandísimo bribón!)
AND. Pero, lea usted...
ROB. Sí... sí... (Lee, temblando.)
«Si vuelve usted por aquí
»le tiro por el balcón.»
D. RUF. ¡Bien!
AND. (Haciéndole levantarse.)
¡Y á más le dejo tuerto
de veras, y sin reparo!

## ESCENA XV

DICHOS y SOLITA

D. RUF. Muy bien.
SOL. ¿Conque ve usted claro?
Sea enhorabuena... ¡Roberto!
ROB. (¡Ay!)
SOL. (A Andrés.)
¿Y lo deja usté así,
sin desafiarlo ahora?
AND. Yo no manejo, señora
más arma que el bisturí.
Un duelo importancia da.
Mejor táctica es la mía.
El duelo lo contaría;
esto no lo contará.
¿Verdad? (A Roberto.)
ROB. ¡Ay! No señor. . no.
Y yo le suplico á usté...
AND. No; yo no lo contaré.

ROB. Graciaз.

AND. Esto se acabó.

(Cogiendo el sombrero y ofreciéndoselo con cortesía.)

Aquí no ha pasado nada.

ROB. Gracias.

AND. Esa es la salida.

(Empujándole hacia la puerta. Roberto vuelve asustado la cabeza como temiendo un puntapié.)

ROB. (No vuelvo en toda mi vida.
á mirar á una casada.)

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y MERCEDES con la que tropieza Roberto al salir

ROB. Señora... á los pies... de usté.

(Vase completamente aturdido, tropezando en el quicio de la puerta.)

MER. Casi hay que compadecerle.

D. RUF. Lo que yo siento es no haberle
arrimado un puntapié.

SOL. (Y yo.)

MER. ¡Andrés mío!

AND. ¡Mercedes!...

SOL. (De ira el corazón me salta.)
Ahora ya sólo me falta...

(Al públido.)

que no me aplaudan ustedes.

FIN DE LA COMEDIA

# OBRAS EN COLABORACIÓN DE LOS MISMOS AUTORES

**La viuda del zurrador,** parodia en un acto y en verso.

**Periquito,** zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

**La ocasión la pintan calva,** comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Tercera edición.)

**¡Adiós, Madrid!,** boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

**¡Adiós, Madrid!,** refundida en dos actos.

**De tiros largos,** juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Sexta edición.)

**La primera cura,** comedia en tres actos y en verso, original.

**La primera cura,** refundida en dos actos. (Segunda edición.)

**La calandria,** juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Quinta edición.)

**El hijo de la nieve,** novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

**Robo en despoblado,** comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**La almoneda del 3.°,** comedia en dos actos, original y en prosa.

**Coro de señoras,** pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

**Los lobos marinos,** zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

**El padrón municipal,** juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

**El señor gobernador,** comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición )

**El rey que rabió,** zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

**El oso muerto,** comedia en dos actos y en prosa. original. (Tercera edición.)

**Zaragüeta,** comedia en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

**Los lobos marinos,** zarzuela cómica refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

Precio: 1,50 pesetas